

Ecologismo imperialista

Disfraz del saqueo genético y talanquera a la producción nacional

Por Jorge Salgado*

* Secretario regional del Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR, en el Chocó.

Las portentosas fuerzas de la naturaleza, ejecutando su labor modeladora a través de miles de millones de años, dotaron a los países situados en las zonas tropicales de la Tierra de incalculables riquezas, muchas de las cuales se esconden en el interior de las células de sus seres vivos. Pero sus habitantes continúan sumidos en la pobreza y el atraso a pesar de que la ciencia cuenta ya con las herramientas y métodos necesarios para explotar estas riquezas genéticas. Jorge Salgado, quien vive rodeado por la exuberante naturaleza de nuestro Chocó negro, hace una valerosa denuncia de ese particular ecologismo que sirve a los intereses del imperialismo y los agentes de quienes se vale en los países ricos en biodiversidad, para implementar sus políticas. Deslinde

El legado de un descubrimiento

En 1953, los científicos James Watson y Francis Crick descifraron la estructura básica del ácido desoxirribonucleico (ADN), sustancia que existe en el núcleo de las células de los seres vivos, así como también en el citoplasma de las bacterias y en el interior de algunos virus. El ADN es la molécula que determina las particularidades de cada uno de ellos y la transmisión de sus caracteres hereditarios de una generación a otra.

Tal como ocurrió con anteriores logros científicos, tras la revelación de los secretos de la maravillosa doble hélice del ADN sobrevivieron nuevas tecnologías y una nueva rama industrial. Nuevas tecnologías, como la llamada recombinación o ingeniería genética, permiten aislar determinados genes o segmentos de ADN de un ser vivo para ensamblarlos en el ADN de otro perteneciente a una especie diferente, modificándolo al recibir una información genética completamente distinta.

Basada en dichos avances, surgió la industria biotecnológica, una nueva rama de la producción que a pasos agigantados viene transformando, entre otros sectores, la agricultura, la medicina y la farmacéutica.

En la agricultura posibilita el desarrollo de plantas adaptadas a todo tipo de suelos o climas; plantas inmunes a enfermedades, plagas o herbicidas; plantas que extraen el nitrógeno de la atmósfera; plantas con frutos y semillas con mayores nutrientes y diferentes tamaños, texturas y colores.

En farmacéutica permite la síntesis de diferentes tipos de moléculas con diversas aplicaciones médicas: hormonas como la insulina, enzimas, antibióticos, antihefílicos, vacunas, etc. Y con la reciente decodificación de la secuencia del genoma humano se acelera la prevención, diagnóstico y tratamiento de enfermedades hasta ayer incurables y se conocen múltiples medicamentos derivados de los genes.

Todas las áreas del conocimiento han sido influidas en forma positiva por estos portentosos avances. Hasta en la antropología, la comprensión del ADN ha ofrecido un nuevo soporte científico a la genial teoría evolucionista de Charles Darwin, pulverizando las anacrónicas concepciones racistas al demostrar que los actuales seres humanos, sin excepción alguna, –esquimales, chinos, suecos, españoles, australianos, norteamericanos, indígenas latinoamericanos, etc.– provenimos de unos seres que seguramente tenían la piel negra y que vivían en las calurosas sabanas de África.

La voracidad de los monopolios biotecnológicos

Sin embargo, como es propio de las sociedades de clases y particularmente en la época del imperialismo, una pequeña minoría de multimillonarios, dueños de poderosas multinacionales de la biotecnología, se han apropiado estos progresos científicos y tecnológicos con el único propósito de acrecentar sus astronómicos capitales.

En 1992, existían dos mil empresas biotecnológicas en el mundo, mil de las cuales tenían sede en Estados Unidos. Y de cuatro mil millones de dólares que se invirtieron ese año en biotecnología, –"la máquina de los sueños" – se preveía subir a 50.000 millones de dólares en el año 2000.¹

Diversos analistas afirman que en el año 2020 las ganancias de las tras-nacionales de la biotecnología alcanzarán y comenzarán a superar a las de la informática y que, por ello, debería llamarse "la industria del siglo XXI".

Han crecido las áreas de cultivos genéticamente modificados: en 1996, a nivel mundial, principalmente en Estados Unidos, existía un millón de hectáreas (maíz, soya y algodón), en 1997 crecieron a doce millones y en 1998 subieron a 28 millones de hectáreas.²

Los monopolios biotecnológicos han desencadenado una verdadera cruzada para aislar, coleccionar, controlar, descifrar y patentar los genes de los seres vivos del planeta y en especial los de los bosques tropicales, donde se encuentra la mayor diversidad biológica (biodiversidad) del mundo: en el tronco del árbol de una de nuestras selvas del Putumayo se encuentran más especies de hormigas que en todo el territorio de Estados Unidos.

¿Por qué los monopolios biotecnológicos se han embarcado en esta nueva cruzada? Porque los genes son la materia prima de la industria biotecnológica, especialmente los genes diferentes, los genes diversos. Así como el algodón y el petróleo son la base de las industrias textil y petroquímica, respectivamente, eso mismo representan los genes para la biotecnología. Y como en las zonas polares y templadas no existe mayor diversidad genética, la atención principal se concentra en los bosques tropicales.

En vez de utilizar la poderosa herramienta que ofrece la biotecnología para erradicar el hambre y la insalubridad de miles de millones de habitantes del planeta, los monopolios biotecnológicos están robando y patentando en su exclusivo beneficio todo tipo de genes, plantas, animales y el conocimiento de los chamanes o curanderos de las tribus: *"Las multinacionales están patentando semillas, plantas, animales clonados; ahora están reclamando, incluso, que son propietarias de la vida en sí misma"*.³

Más aún, no tienen reparos en elegir a los seres humanos como su presa: *"Un grupo de científicos norteamericanos, haciéndose pasar por antropólogos, tomó muestras de tejidos de habitantes nativos de la región de Luzón (Filipinas), famosos por su inmunidad al cáncer y a la diabetes. Los ecopiratas se han provisto de muestras sanguíneas de los indios caiapo, del Amazonas brasileño y han patentado sus rasgos genéticos"*.⁴

Estos modernos filibusteros no necesitan sacar de contrabando toneladas de material biológico de un país. Basta con muestras minúsculas de los especímenes para replicar su código genético en un laboratorio, patentarlo y lograr inmensas utilidades.

Según el canadiense Maurice Strong, subsecretario de la ONU y presidente de la Cumbre de Río de Janeiro en 1992, *"muchos productos de la economía del mundo en vías de desarrollo serán afectados por la biotecnología patentada. Si todas las patentes y la pericia van a estar en el Norte, a pesar de las materias primas en el Sur, habrá una nueva forma de dominio otra vez. Los países del Norte no pagan ni un centavo por la extracción de recursos. Por ejemplo, hubo una droga que provino del Amazonas para curar la leucemia. Sacaron el recurso genético de allí y ganaron centenares de millones de dólares, y Suramérica ni un centavo. La vainilla es otro ejemplo. Tres países, entre ellos Madagascar, recibían muchos ingresos de la vainilla. Ahora hay una compañía que se llevó el gene de Madagascar y hace la vainilla en Estados Unidos. Los recursos naturales podrán ser reemplazados por la ingeniería genética sin ningún beneficio para los países en vías de desarrollo. Podría ocurrir con el café"*.⁵

El botín genético robado a los países ricos en biodiversidad es almacenado por estos monopolios en bancos de germoplasma. *"La dependencia que la agricultura del Norte tiene de los recursos genéticos de los países del Sur ha creado una fuga de estos genes, desde los centros de diversidad tercermundista hacia los bancos de genes de los países industrializados, bajo el argumento de que estos recursos son patrimonio común de la humanidad. En los países industrializados las semillas mejoradas con los genes tercermundistas se patentan y se venden onerosamente a los países del Sur. Entre 1974 y 1985 el Sur donó más del 90 % de los recursos genéticos de su dominio. De este material más del 40 % terminó en los bancos de genes del Norte y otro 40 % fue almacenado en los bancos de genes de los centros internacionales de investigación agrícola, también controlados por el Norte. Los recursos genéticos son la única materia prima en el mundo que es donada gratuitamente... y es donada en gran medida por los pobres a los ricos"*.⁶

Sin embargo, la tecnología actual no permite una buena preservación del germoplasma: *"Un estudio reciente de la agencia de prensa Associated Press reveló que en los Estados Unidos, responsables de una cuarta parte de todo el germoplasma almacenado en el mundo, se está perdiendo una gran parte del material genético guardado en sus bancos de genes"*.⁷

El nivel todavía incipiente de las investigaciones, su posesión actual de un número escaso de genes y las altas pérdidas en el material almacenado en los bancos de germoplasma han llevado a los monopolios biotecnológicos, para garantizar su materia prima, a impulsar una corriente mundial de ecologismo imperialista, una cháchara de falso ambientalismo y de *"conservación de la biodiversidad"*, sustentada en documentos de innumerables conferencias internacionales y en un bien aceitado andamiaje institucional.

Allí está el horcón esencial que explica la resurrección de un falso naturalismo en la época de la mayor depredación de los recursos naturales, la razón de ser de la moda de lo verde, del medio ambiente, del ecodesarrollo, de la bazofia sobre la biodiversidad. *"El proceso que conduce a un desarrollo biotecnológico empieza con la bioprospección, que busca detectar a través de investigaciones, muchas veces aleatorias, en una región con alta diversidad biológica, qué puede ser útil para la industria. Sigue con la investigación de las reacciones químicas de los elementos encontrados, con el objeto de producir principios químicos activos, útiles para la producción de un remedio,*

una crema, un alimento. Las empresas requieren conservar los ecosistemas que están en funcionamiento, que no se deterioren, por lo menos mientras ellas puedan estar en condiciones de sintetizar y desarrollar nuevos productos".⁸

La confabulación del imperialismo ecologista

Eventos como la *Conferencia de Estocolmo sobre Medio Ambiente Humano* y la reunión del Club de Roma, en 1972, con sus engañosas conclusiones en un documento titulado *Los límites del crecimiento*, promovidos por la ONU, sentaron las bases para la estructuración de una añagaza teórica que, so pretexto de la defensa del medio ambiente, en realidad sirve de punta de lanza para materializar el nuevo saqueo de los monopolios biotecnológicos: el saqueo genético.

El ecologismo imperialista materializó su mayor baratija ideológica en 1987, con la publicación del Informe Brundtland, llamado *Nuestro futuro común*, donde se acuñaron los términos de "*desarrollo sostenible o sustentable*", cacareado por sus autores y turiferarios como "*el desarrollo que satisface las necesidades del presente sin comprometer la habilidad de generaciones futuras de satisfacer sus propias necesidades*".

Con el esperpento del "*desarrollo sos-tenible*", coexistente y embellecedor del imperialismo, además de garantizar la "*conservación*" temporal y el acceso de las transnacionales biotecnológicas a los recursos genéticos de los bosques tropicales, se les impone a las neocolonias un nuevo obstáculo a la supervivencia de sus agonizantes fuerzas productivas. Este embuste olvida que "*al desarrollar su economía, el hombre necesariamente altera el medio ambiente e interfiere en la economía de la naturaleza. Este desarrollo de la economía humana le proporciona a la sociedad diversidad de elementos, recursos, experiencias y conocimientos para el control del deterioro ambiental y, a su vez, el mejoramiento de las condiciones medio-ambientales constituye una condición importante para la promoción del desarrollo económico. La protección medioambiental no es incompatible con el desarrollo económico. Por el contrario, ningún país puede acometer el mejoramiento del medio ambiente mientras disponga de una economía atrasada*".⁹

Todo intento de avance productivo autónomo en las neocolonias, ya sea industrial o agrícola, cualquier obra de infraestructura, quedan sepultados por una serie de normas y exigencias "*medioambientales*". Como una filosa espada de Damocles, las regulaciones de este ecologismo imperialista acogotan las actividades de un pescador o un minero artesanal, de una pequeña empresa, de un minifundio cafetero, o impiden hasta la construcción de un camino de penetración a una vereda.

Este ecologismo anticientífico promueve la sojuzgación imperialista y rechaza la soberanía nacional, al plantear que los bosques tropicales son "*pulmones del mundo y patrimonio de la humanidad*". "*Bajo el argumento de que estos recursos son patrimonio común de la humanidad, en los países industrializados las semillas mejoradas con los genes tercermundistas se patentan y se venden onerosamente a los países del Sur*".¹⁰

El ecologismo imperialista se materializa, por ejemplo, en asociaciones que promueven la prohibición total del comercio de maderas de los bosques tropicales (minas genéticas por su biodiversidad) y promocionan el comercio de madera de los bosques de las zonas templadas del Norte (con poca diversidad genética).

Para llevar a cabo sus protervos propósitos, los monopolios biotecnológicos, por intermedio de sus gobiernos y de organizaciones internacionales de bolsillo, crearon en 1990 el Global Environmental Facility, GEF, Fondo o Agencia Mundial para el Medio Ambiente, anexo al Banco Mundial. "*Al comienzo de la Cumbre de Río, la mayoría del grupo de los 77, que aglutina a países en vías de desarrollo, estaba en desacuerdo con el GEF, manejado por el Banco Mundial, BM, por el mal currículo del BM en el área ambiental, caracterizado por una posición hacia el interés de los desarrollados. En el otro extremo, los países del Norte sólo admitían ese mecanismo para canalizar recursos. Los tercermundistas más radicales deseaban la creación de un Fondo Verde Global que no tuviera nada que ver con el Banco Mundial*".¹¹

El GEF, a través de programas como Biopacífico, en Colombia, con nueve millones de dólares, realizó entre 1993 y 1998 en todo el Litoral Pacífico un inventario y recolección de "*plantas, lianas, bejucos, fibras, mamíferos, aves, reptiles, anfibios, peces, insectos; mapas detallados de la asociación de flora con fauna, suelos y aguas*".¹²

Los grandes monopolios imperialistas, depredadores del suelo, las aguas, la atmósfera y el clima del planeta, causantes de hambre y padecimientos infernales a miles de millones de seres humanos, frustraron en la llamada Cumbre de la Tierra, en Río de Janeiro (1992), los intentos de más de un centenar de delegaciones de países del Tercer Mundo que pugnaban por establecer compromisos y controles. La Declaración de Río y la Declaración de Bosques terminaron transmutadas en una mezcla de cánticos y jeremiadas inocuas, al eliminar de su texto obligaciones económicas concretas. Igual ocurrió con la llamada Agenda XXI sobre "*desarrollo sostenible*", que incluyó algunas cifras, pero al final se firmó sin fechas definidas.

La *Convención sobre Cambio Climático*, que contemplaba el compromiso de los países desarrollados de estabilizar en el año 2000 las emisiones de gases con efecto invernadero a los niveles de 1990, fue castrada en el Protocolo de Kyoto de 1997. Allí se amplió el plazo hasta el 2008 y se estableció la "*implementación conjunta*" y los "*sumideros de carbono*", mecanismos que permiten a los grandes monopolios continuar contaminando la atmósfera sin restricción alguna, a cambio de unas limosnas a los países neocoloniales que se responsabilicen de reducir su cuota de gases contaminantes, así para ello tengan que asfixiar sus famélicas industrias o desaprovechar sus inmensos recursos naturales. Y ni este negocio leonino satisfizo al nuevo gendarme de Estados Unidos, George W. Bush, quien, recién posesionado, decidió no dar más vueltas al asunto y tirar de una vez a la basura tanto el Protocolo de Kyoto como la Convención de Cambio Climático.

La *Convención sobre Biodiversidad* quedó convertida en otro artificio para la injerencia imperialista en los asuntos internos de los países neocoloniales que estén "*destruyendo su biodiversidad*". Cuando se discutía este tema en el Senado de Colombia, el director del Inderena, Manuel Rodríguez, dijo que "*hoy se habla de que Colombia puede ser el cuarto o quinto país que más rápidamente está destruyendo la biodiversidad. Eso va a tener retaliaciones internacionales de los países desarrollados, incluyendo posibles intervenciones militares a la vuelta de la esquina*".¹³ En la misma sesión el senador Mario Laserna expresó: "*Con el convenio de bio-diversidad nos estamos ganando la rifa del tigre. El rey de Siam destruía a sus adversarios regalándoles un elefante blanco. Era necesario conservarlo por ser un regalo de su alteza. Quien recibía el elefante se arruinaba dándole de comer. Y si lo dejaba morir lo ejecutaban*".¹⁴

El ecologismo imperialista también tiene expresión en el llamado canje (*swap*) de deuda por naturaleza, el cuarto ingrediente de la receta yanqui de la Iniciativa para las Américas (1990). "*El canje es una privatización encubierta de los bosques y de las zonas protegidas*", dijo Héctor Santella, del Centro de Estudios Regionales Argentinos. "*¿Quién garantiza que en esas zonas no habrá una explotación de los recursos sin ningún tipo de control?*", preguntó Claudio Bertonati, de la Fundación Vida Silvestre".¹⁵

La entrega de nuestros recursos naturales

En Colombia, el ecologismo imperialista se encarnó en la Constitución '*ambientalista*' y neoliberal de 1991, texto que contiene 35 artículos relacionados con el tema y donde se destaca por su monstruosidad el 226, sobre "*promoción por parte del Estado de la internacionalización de las relaciones ecológicas*". Con toda razón, cuando todavía se discutía el tema en la Asamblea Constituyente, la Asociación de Profesionales al Servicio de la Gestión Ambiental, Aproambiente, pidió su derogatoria: "*El mejor indicador que tenemos para oponernos a este artículo es la situación internacional, caracterizada por una mayor injerencia de los organismos internacionales en los asuntos internos de los países en vías de desarrollo. Colombia posee grandes riquezas naturales, como los bosques de la selva amazónica y del Pacífico, de gran interés para los países desarrollados. Éstos quieren inducir a la suscripción de convenios internacionales, mediante los cuales se entregarían estos recursos al manejo de organismos internacionales, con la consideración de que se trata de un patrimonio de la humanidad*".¹⁶

El andamiaje de los monopolios biotecnológicos estaba casi listo: habían clarificado su objetivo, depurado la estrategia y la táctica en eventos internacionales, aprobado los estribillos y el lenguaje para idiotizar a la opinión pública, creado centros de coordinación mundial, financiado multitud de organizaciones '*ambientalistas*' a su servicio, incluido sus exigencias en las relaciones comerciales entre los países, reformado o procreado Constituciones Políticas a su medida. Para completarlo, sólo requerían un destacamento de condottieros encargados de hacer cumplir sus mandatos. Dicho y hecho. Apretando los brutales tornillos del Banco Mundial, en pocos años dieron a luz en decenas de países organismos a su imagen y semejanza: los Ministerios del Medio Ambiente, adesivos que difunden el ecologismo imperialista, permiten el saqueo genético e impiden el desarrollo de la industria y la agricultura nacionales. "*La senadora Claudia Blum señaló que la aprobación de los créditos del BID y del Banco Mundial y de los 140 millones de dólares en donaciones están condicionados a la creación del Ministerio del Medio Ambiente*".¹⁷

El ecologismo imperialista utiliza y se entrecruza con las supersticiones semif feudales existentes en los países atrasados, promueve el sometimiento del hombre a la naturaleza, y distorsiona y glorifica las tenebrosas condiciones materiales y espirituales que oprimen a los grupos indígenas supérstites.

Los monopolios biotecnológicos y su ecologismo imperialista buscan en determinados casos derribar el dominio estatal centralizado de los recursos naturales. La pirueta de sustraer los bosques tropicales del control del Estado para entregarlos a pequeñas comunidades que vegetan en la miseria y desconocen su valor en el mundo actual, así sea adobado con la engañifa de la "*autonomía local*" y la "*democracia participativa*", además de constituir un nuevo ingrediente para la desintegración de las naciones dueñas de estos recursos, facilita a las transnacionales de la biotecnología el acceso y el saqueo de los recursos genéticos. "*Una expresión de la nueva espacialidad forzada por el capital transnacional invertido en las más recientes tecnologías llega a presentarse incluso bajo un ropaje conservacionista. La estrategia global de expropiación-apropiación privada de los recursos biodiversos ha formulado recientemente la necesidad de identificar bioregiones que sean administradas por entidades autónomas de los Estados nacionales. La implementación de esta propuesta simplemente acabaría de resquebrajar la soberanía de los Estados sobre los recursos biológicos y aseguraría mecanismos más flexibles y permisivos para acceder a los recursos genéticos requeridos por la industria biotecnológica del Norte*".¹⁸

Los monopolios biotecnológicos y su ecologismo imperialista impulsan expresiones comunales de apropiación de los bosques tropicales, como la semiprimitiva propiedad colectiva, inenajenable, inembargable e imprescriptible.

Para ello resucitaron en Colombia dos adefesios antihistóricos. El primero fue la institución segregacionista del siglo XVI de los resguardos indígenas, figura que había recibido una estocada mortal con la Revolución de Independencia y con las medidas tomadas por Bolívar y Santander, y la elevaron a norma constitucional en 1991. "*Bolívar y su época hacen gala de humanitarismo; para ellos el repartimiento de los resguardos y la libre enajenación de las parcelas es un derecho del indio, arrebatado por los españoles*".¹⁹

Los monopolios biotecnológicos auspician esta arcaica forma de organización para poder acceder sin mayores obstáculos a los conocimientos indígenas sobre flora y fauna, producto de su relación milenaria con el medio ambiente, lo que les representa un ahorro de décadas de costosas investigaciones. "*En el número de septiembre-octubre de 1994 del RAFI Communique, esta organización da a conocer una lista parcial de 57 compañías, instituciones o intermediarios –37 de las cuales están radicadas en Estados Unidos– que han venido asegurando su acceso a los recursos genéticos y al conocimiento indígena asociado en los países del Tercer Mundo, por medio de patentes ya aprobadas o solicitadas, las cuales les garantizan ganancias colosales a sus titulares reales o potenciales*".²⁰

Pero lo que sirve a los monopolios, perjudica a los indígenas. El resguardo indígena es una "*institución extraída de los precipicios perdidos del pasado. A los sectores indígenas supervivientes se les debe respetar sus tradiciones y cultura; pero algo muy distinto será sembrarlos como plantas en las formas de producción ya relegadas por los logros del desarrollo. A estos estamentos no hay que negarles su condición de fuerza trabajadora, con todos sus derechos y deberes, sin omitir la propiedad privada, el comercio, la contratación laboral, el conocimiento científico, la salud. Las expresiones comunales de apropiación, típicas en los principios de la noche colonial, se basaron en la antiquísima organización gentilicia que hallaron los españoles y obedecían a las necesidades monárquicas de recoger tributos y utilizar la mano de obra de los naturales*".²¹

Son tan oprobiosas las condiciones de vida de los indígenas en los resguardos, sobre todo en el Chocó, que muchos de ellos prefieren abandonarlos y emigrar a pedir limosna en las calles de las ciudades cercanas.²²

El segundo, basado también en el segregacionismo y en la "*propiedad colectiva, inenajenable, inembargable e imprescriptible*", impulsado igualmente por los monopolios biotecnológicos para facilitarles el saqueo de los recursos genéticos de los bosques tropicales del Pacífico colombiano, fue la creación de un guetto de "*territorios de comunidades negras*", a través del artículo transitorio 55 de la Constitución neoliberal de 1991.

Por esas paradojas de la historia, cuando el pueblo sudafricano derrumbaba la "*ley de tierras colectivas para negros bantustanes*" o *Act Land*, la última de las normas del apartheid, en Colombia surgió un engendro análogo e invertido regulado por la Ley 70 de 1993, que en su artículo 10 apostrofa: "*Las ocupaciones que se adelanten por personas no pertenecientes al grupo étnico negro sobre las tierras adjudicadas colectivamente a las comunidades negras, no darán derecho a los interesados para obtener titulación ni reconocimiento de mejoras y para todos los efectos se considerarán como poseedores de mala fe*". Si Adolfo Hitler pregonaba los "*territorios arios*" como mascarilla para promover el imperialismo alemán, los prácticos monopolios biotecnológicos de hoy no dudan un instante en impulsar los "*territorios negros*" y los "*territorios indígenas*", porque así posibilitan materializar sus ambiciones de controlar su materia prima: la mina genética de los bosques tropicales del Pacífico colombiano y del Amazonas.

En la lucha por desnudar y destruir las múltiples caretas y tentáculos del ecologismo imperialista, avanza un auténtico ecologismo vinculado a la lucha por la soberanía de las naciones y enfocado a la solución del hambre y la insalubridad de los pueblos sojuzgados.

Un ecologismo revolucionario que se abraza con los obreros en las calles de Seattle, Washington, Praga o Melbourne y tiene claro que el enemigo no es el desarrollo económico sino el imperialismo y sus tres jinetes: el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial de Comercio.

Un ecologismo científico que no transige con el atraso, que no pregona catástrofes en cada avance tecnológico, como hacían los artesanos en el período de surgimiento del capitalismo, y que recibe con espíritu alborozado las buenas nuevas que trae el dominio por el hombre de la fantástica doble hélice del ADN.

En sabias palabras del más sabio de los pensadores de finales del siglo XX, un ecologismo que sostiene que "*la ruina de la naturaleza no es producto de los adelantos de la técnica, sino del estancamiento de ésta o de su ineficiente utilización*".²³

1. Entrevista a Vicente Sánchez, presidente de la Convención sobre Biodiversidad en la Cumbre de Río. *El Tiempo*, junio 12 de 1992, página 3 A.
2. 'Cultivos modificados, cada vez más'. *El Tiempo*, sept. 7 de 1999.
3. Ronnie Dugger, director de la Alliance for Democracy. *Deslinde*, número 22, página 33.
4. 'Piratería genética'. Suplemento de *Time* publicado en *El Tiempo*, noviembre 27 de 1998.
5. 'Biotecnología: al Tercer Mundo lo va a dejar el tren'. *El Tiempo*, mayo 3 de 1991, página 3 A.
6. Amparo Lotero Botero, 'Biodiversidad: el nuevo valor de un recurso natural'. *Deslinde*, número 12, agosto-septiembre 1992, página 111.
7. Amparo Lotero Botero, ídem, página 110.
8. Diana Pombo Holguín, 'Biodiversidad en la era global'. *Deslinde*, número 19, agosto 1996, página 104.
9. Hernando Patiño, *Ecología y Sociedad.*, Tercer Mundo Editores, 1988, página 34.
10. Amparo Lotero Botero, ídem, página 111.
11. Constanza Cubillos R. *El Tiempo*, junio 8 de 1992, página 3A.
12. 'Conservación de la biodiversidad en el Chocó biogeográfico'. Bogotá, diciembre de 1991, anexos V al X.
13. *Gaceta del Congreso*, año II, número 214, junio 18 de 1993, página 25.
14. Ídem, página 21.
15. 'Deuda por naturaleza: un fracaso'. *El Tiempo*, mayo 31 de 1992, página 5C.
16. *El Tiempo*, mayo 13 de 1991.
17. 'Recursos para defensa del medio ambiente', *El Tiempo*, octubre 18 de 1993, página 7 C.
18. Gabriel R. Nematá Soto y Jaime Bonilla Godoy. "Propiedad intelectual y el control de los recursos de la biodiversidad". *Deslinde*, número 22, noviembre 1997, página 84.
19. Juan Friede, *El indio en lucha por la tierra*. Editorial La Chispa, 1972, página 107.
20. Gabriel R. Nematá Soto y Jaime Bonilla Godoy, ídem, página 90.
21. Francisco Mosquera, *Resistencia Civil*. Editor Tribuna Roja, Bogotá, 1995, página 478.
22. "Las entidades se demoran más en la programación de los retornos que los indígenas en devolverse de las 18 comunidades del Alto Andágueda. Desde principios del año pasado se han realizado sin éxito cinco retornos". *El Tiempo*, mayo 19/00. "Control de indígenas mendigos. Otras referencias". *El Tiempo*, marzo 31/01. "Evitarán migración indígena". *El Diario del Otún*, dic 16/00. "Preocupación por el éxodo de indígenas".
23. Francisco Mosquera, op. cit., página 213.